

7 Reflexiones después de Moscú

Isadora Duncan

Traducción y nota de Raúl Rodríguez Cetina

Isadora Duncan nació en San Francisco, California, el 17 de mayo de 1878, y murió en un absurdo accidente de coche el 14 de septiembre de 1927, en Niza. Ella revolucionó el arte en movimiento, la danza no le era sólo una expresión del cuerpo, era también la concepción de una vida más ágil y flexible, con movimientos inspirados en la armonía de la naturaleza. Escribió artículos sobre sus conceptos, los que fueron recopilados en el libro: *The art of the dance*. El siguiente texto fue tomado de ese volumen.



Con frecuencia me piden dar mis impresiones sobre Rusia Soviética. Comprenderán con facilidad que no toda la gente que vive en Rusia ve las cosas de la misma manera. Los reconocidos comunistas, quienes llegan al extremo de querer igualdad y felicidad para todos, ven actualmente la puerta abierta a los trabajadores del futuro. El burgués, que vivió en el pasado en la seguridad y comodidad, sólo quiere ver en estos cambios lo que llama "el final de Rusia".

Los grandes artistas han tenido siempre un sueño: el de crear su arte para toda la humanidad, para el pueblo. Desafortunadamente, en nuestra época, este sueño no puede convertirse en realidad, porque en cada país donde pudiera llevarse a cabo han tenido siempre al mismo público: el que puede pagar cualquier precio por buenos asientos. Los estudiantes y la gente pobre —esos cuyos espíritus urgen de la belleza—, están totalmente privados del trabajo artístico; además, si lo gozan ocasionalmente, se ven obligados a sentarse en las galerías, donde generalmente la acústica es muy mala y la vista del escenario distorsionada.

Siempre me ha dolido esta situación. Por eso es que, esperando ver a mi sueño convertirse finalmente en realidad, me fijé en Rusia cuando el gobierno soviético anunció que iba a abrir el teatro a todo el pueblo.

En 1905, en Berlín, había hecho el experimento de dar recitales a los obreros. Estas representaciones fueron realmente exitosas. Había encontrado un toque de aprecio en medio de esta gente simple, lo que demostró que había llevado a sus vidas una experiencia fresca de luz y belleza.

Fue entonces cuando fundé en Berlín una escuela gratuita para hijos de obreros. Mi plan era desarrollar un pequeño grupo que más tarde llegara a convertirse en los maestros de los niños y niñas de la clase obrera.

Ningún gobierno reconoció el valor de mi escuela, ni la belleza de mi idea. Incluso mis alumnos, después de un tiempo, estaban tan cambiados por la educación que les di, que llegaron a considerarse ellos mismos artistas talentosos. Olvidaron su misión, y abandonaron al grupo para seguir a empresarios dispuestos a explotarlos en giras por todo el mundo.

Después de 15 años de trabajo y disciplina, me encontré con que debía comenzar de nuevo. Sólo una jovencita me fue fiel, prefirió ser honesta con la fe que puse en ella. Me siguió a Moscú, donde ahora dirige mi escuela.

La gente nunca ha entendido mi verdadero ideal. Han pensado que solamente quería yo formar una tropa de bailarines para presentarlos en un teatro. Nada más lejos de mis pensamientos. Opuesta a querer formar danzantes de teatro, sólo deseaba entrenar en mi escuela a grupos de niños, quienes por medio de la danza, la música, la poesía y la canción, expresaran con gracia y belleza los sentimientos de la gente.

Me llevó poco tiempo comprender que no podía llevar a cabo, sin ayuda, este trabajo. Debía encontrar un gobierno lo suficientemente culto para sostenerlo. Fui a Estados Unidos, Francia, Inglaterra y Grecia sucesivamente, y ninguno de estos países me ayudó. Resultaba natural que fuera a los soviéticos cuando anunciaron el proyecto

Raúl Rodríguez Cetina. Escritor. Ha publicado las novelas: *El desconocido*, *Flashback* y *Fallaste corazón*, entre otras. Practica el periodismo cultural.
